

**Francisco Lozano
Winterhalder**

¿Por qué nos extinguiremos?

Diez claves para preparar el mundo
del futuro



© Francisco Lozano Winterhalder, 2013.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2013.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

CÓDIGO SAP: OEBO724

ISBN: 9788490563205

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

INTRODUCCIÓN: LA ESTUPIDEZ HUMANA NO TIENE LÍMITES

PRIMERA PARTE: CLAVES PREPARATORIAS PARA LA GRAN TRANSFORMACIÓN

1. Un mundo que debe recuperar la idea de...
2. Un mundo que cambia vertiginosamente
3. Un mundo que debe ser consciente de...

SEGUNDA PARTE: CLAVES SOCIALES, ECONÓMICAS Y TÉCNICAS...

4. Un mundo que debe entrar en la tercera gran revolución...
5. Un mundo en el que se crean nuevas expectativas...

TERCERA PARTE: CLAVES GLOBALES PARA LA GRAN MUTACIÓN

6. Un mundo que ya es multipolar
7. Un mundo imposible de comprender sin...

CUARTA PARTE: CLAVES ESENCIALES SI QUEREMOS TENER FUTURO

8. Un mundo con un contenido ético más intenso
9. Un mundo que debe seguir el camino de...
10. Un mundo en el que nos lo jugamos todo

LAS CINCO IDEAS FUNDAMENTALES

NOTAS

INTRODUCCIÓN

LA ESTUPIDEZ HUMANA NO TIENE LÍMITES

estupidez

(De *estúpido* y *-ez*).

nombre femenino

1. Torpeza notable en comprender las cosas.

2. Dicho o hecho propio de un estúpido.

Diccionario de la Real Academia Española

Una de las características más destacadas del pensamiento occidental durante los últimos siglos ha sido su división en compartimentos estancos, sin apenas comunicación entre ellos, tanto en nuestra concepción del mundo como en la estructuración de la cultura. Todo ello, muy probablemente, está anclado en nuestra tradición filosófica, especialmente aquella que arranca con Descartes.

No obstante, la crisis ambiental actual ha puesto de manifiesto que no existe una separación entre la naturaleza y las sociedades humanas, o entre las diferentes ramas del saber. ¡Todo está relacionado!

La solución de nuestros problemas medioambientales pasa por la necesidad de concebir nuestro planeta como un todo, de entender las sociedades humanas y la naturaleza como una red de relaciones unificada, y también la necesidad de establecer un diálogo perma-

nente entre las distintas ramas del saber implicadas en cada situación.

La tesis fundamental de este libro se basa en los siguientes principios:

En primer lugar, que el ser humano es el resultado de un proceso complejo y acumulativo que llamamos *evolución biológica*. Durante esta evolución se gestó la «caja de control» de nuestros actos: el cerebro, formado por tres unidades superpuestas procedentes de las distintas etapas evolutivas por las que ha pasado a lo largo de cientos de millones de años.

La capa más profunda es el cerebro reptiliano, ya que su origen se remonta al momento del nacimiento y posterior evolución de dicho grupo de vertebrados. En él se alojan los instintos más primitivos del ser humano, tales como la agresividad o la sumisión irracional a los líderes. Hitler o Stalin, y sus respectivos mundos, fueron ejemplo del triunfo del reptil que llevamos todos dentro. Sin embargo, no todo es malo en él, ya que sin alguna de sus funciones, como por ejemplo la citada agresividad, que no violencia, sería difícil avanzar en la vida.

Volviendo a nuestro cerebro por capas, cual si de un juego de muñecas rusas se tratase, está el cerebro mamaliano, que envuelve al anterior. En él podemos encontrar el instinto de protección de las crías y gran parte de los impulsos que generan los sentimientos. ¿Cuántas veces el «corazón» nos dice una cosa y la razón, otra?

Finalmente, en la envoltura más externa, compleja y rica a la vez, se halla la parte del cerebro específicamente humana, el neocórtex. Es la parte que controla el habla, la creatividad, el pensamiento abstracto... Trata de ser el rector de nuestras vidas, pero muchas veces los impulsos más primarios y/o los sentimientos lo superan.

Sin embargo, estos tres niveles de nuestra «caja de control» no siempre nos proporcionan la paz deseable; al contrario, en muchas

ocasiones generan impulsos antagónicos que ponen de manifiesto su carácter inarmónico, al menos en su funcionamiento impulsivo o primario.

En segundo lugar, a pesar de que hasta ahora nuestra especie ha cosechado un triunfo evolutivo, este se ha debido a un factor no biológico, aunque su sustrato lo sea: la *cultura*. Aquí es preciso entender la palabra «cultura» en su sentido antropológico, es decir, como el conjunto de ideas y artefactos que han permitido que nos adaptemos a gran parte de los entornos de nuestro mundo, más allá de los simples y limitados atributos estrictamente biológicos de nuestra especie.

Así pues, y poniendo en relación estos dos primeros puntos, si analizamos el devenir de la cultura humana y sus manifestaciones, o sea, la historia de la humanidad y también su momento presente, observaremos las consecuencias de las contradicciones y perversiones de su centro de operaciones —el cerebro—, aunque también, por suerte, sus grandes aciertos y avances. Dicha ambigüedad, que tiene su origen en la ambigüedad de la «caja de control», ha cristalizado en una nueva etapa de la evolución humana, la *evolución cultural*, que nos ha permitido ser, a pesar de las atrocidades cometidas, una de las especies de nuestro planeta con mayor éxito evolutivo hasta la fecha.

No me extraña que una de las pinturas más representativas del arte contemporáneo sea *El grito*, de Edvard Munch, una terrible expresión de angustia al observarse el hombre actual a sí mismo.

Pero esta evolución cultural, moralmente ambigua, nos está llevando ahora al desastre. En estos momentos se puede decir que, tras millones de años de «éxito cultural», estamos fracasando. De ahí que debemos analizar qué estamos haciendo mal y, muy especialmente, los aspectos que incumben a nuestra supervivencia, que es lo primero que nos ha de preocupar, si es que queremos tener futuro.

Nótese que he hablado de éxito evolutivo, de triunfo de la cultura..., pero en ningún caso he afirmado que la forma en que todo

ello se ha desarrollado fuera éticamente el mejor de los caminos. Solo un dato: el mapa político del mundo actual es el resultado, con honrosas excepciones, de la violencia continua manifestada por nuestra especie, ejercida por unos pueblos contra otros y contra la naturaleza, cuando no contra nosotros mismos.

Los biólogos hemos dado a nuestra especie el nombre de *Homo sapiens*, añadiendo *sapiens* una vez más. Si *sapiens* es una manera de calificar la capacidad para conocer y aprender, lo acepto. En caso contrario, propongo la suspensión cautelar de dicha denominación y su sustitución por la de *Homo stupidus*, que actualmente es la que mejor la representa.

Las conductas generadas por dicha evolución cultural, por tanto, deben ser corregidas. La cultura debe ser sometida a un riguroso análisis para averiguar qué nos conviene y qué no, con el objetivo último de seguir existiendo y, a ser posible, hacerlo en mejores condiciones que hasta ahora.

En tercer lugar, la palabra «ética» es la que designa con mayor claridad el análisis de nuestras actuaciones pasadas, presentes y futuras. La ética es la reflexión sobre las conductas existentes en el mundo. Así pues, sugiero una nueva etapa en la evolución humana, la de la *evolución ética*.

Con dicha revisión ética se trata de crear una *cultura de la vida* que nos permita tener futuro como especie. Una cultura que nos conduzca a un desarrollo que esté en equilibrio con la naturaleza, con todos los seres humanos —en todos los niveles posibles a través de la justicia— y con nosotros mismos. Para mí la palabra «paz» es sinónima de «equilibrio». Así pues, abogo por la paz con la naturaleza, la paz social y la paz interior. Eso es la cultura de la vida.

Todo ello debe quedar enmarcado dentro del concepto de desarrollo sostenible, entendido como aquel que permita la existencia de generaciones futuras. Sin embargo, me gustaría ir más lejos aún...

En mi primer libro, *Por la vida en la Tierra*, ya introduje el concepto de «desarrollo holísticamente sostenible» y lo definí como aquel

que va más allá de dichas cuestiones e integra todas las dimensiones de la existencia humana. Sin confundir medios con fines —la felicidad es un fin; la economía, un medio—, pone en relación todas las áreas de conocimiento y experiencia humanas. Y sobre todo deja claro que las partes sin el todo cojean. ¡Todo está relacionado! El objetivo final de dicho concepto es la mejora de la calidad de vida de todos los seres humanos, con lo que integra y supera otro más estricto: el de desarrollo sostenible, cuyo contenido es básicamente tecnoeconómico.

Este libro es tan solo una pequeña aportación a la construcción entre todos de una *cultura en favor de la vida*.

Valgan, pues, estas diez claves que siguen a continuación como elementos para la reflexión, con el fin de crear un mundo mejor. Y no olvidemos nunca que «Dios perdona siempre; los hombres, a veces, pero la naturaleza, nunca».

PRIMERA PARTE

CLAVES PREPARATORIAS PARA LA GRAN
TRANSFORMACIÓN

1

UN MUNDO QUE DEBE RECUPERAR LA IDEA
DE QUE TODO ESTÁ RELACIONADO

La modernidad representó, no cabe duda, grandes adelantos políticos, sociales, económicos, técnicos, médicos y científicos. Supuso el advenimiento de la división de poderes, de los derechos humanos y de las grandes revoluciones de la historia, que llevaron a la independencia de las colonias americanas y que pusieron fin a muchas monarquías absolutas en Europa, como fue el caso paradigmático de Francia, donde la monarquía fue sustituida por una flamante república que cambió la historia del mundo.

Supuso, además, el triunfo del capitalismo liberal, que, añadido a los logros de la revolución industrial y de sus grandes aliados —la ciencia y la técnica—, propició un gran avance económico y social, a la vez que mejoró la esperanza de vida y, en cierto modo, la calidad de vida de las poblaciones humanas, en especial, de aquellas que se vieron afectadas por dicho conjunto de procesos.

A todo ello habría que añadir los movimientos ideológicos de izquierdas y los sindicatos nacidos en el seno del capitalismo, que sin duda contribuyeron a corregir en gran manera los abusos que se estaban cometiendo en sus albores.

Hasta aquí todo parece maravilloso... Pero la modernidad y la posmodernidad (o posmodernidades), o sus apéndices, cometieron un craso error que nos está llevando al borde de la extinción: el *olvido de la naturaleza*.

EL GRAN ERROR DE LA MODERNIDAD

En efecto, el hombre moderno, convertido en dios gracias a la economía, la ciencia y la técnica, se cree capaz también de cualquier atrocidad; no hay más que mirar la historia reciente de la humanidad para darse cuenta de eso.

El hombre posmoderno no es más que un tipo despistado, desorientado, embebido en su artificio como en un sueño patológico, que no se da cuenta del mayor de los disparates cometidos: considerarse un ser aparte del mundo natural que puede prescindir de las leyes de la naturaleza, unas leyes que, por otra parte, le superan y controlan.

Observando el mundo posmoderno, o como quiera ser llamado —aunque, por mi parte, prefiero la palabra *caos*—, uno se da cuenta de que la crisis ambiental actual —el hecho más grave de nuestra existencia presente, ya que en él nos va la supervivencia— no es más que la punta del iceberg de algo mucho más grande y profundo que está subyacente: la cultura. En efecto, la parte sumergida es mucho mayor que la aparente y emergida.

El componente epistemológico más grave de dicha cultura enferma ha sido el desprecio de la visión holística, sistémica, del mundo, una visión que lo entiende como un todo en el que cada parte está en relación con las otras. Y, en cambio, nos hemos detenido en las partes, olvidando las relaciones entre ellas.

Una de las primeras consecuencias de esta manera de ver las cosas ha sido considerar que las sociedades humanas eran entes separados completamente de la naturaleza. ¡Tremendo error! Aquellas iban por libre, mientras que la naturaleza se degradaba más y más.

En este sentido, fíjense bien en este texto del economista estadounidense Victor Lebow, que fue publicado en 1955, en el que se reflejaba el proceso que iba a seguir la sociedad occidental en los años venideros y en el cual se basaría su desarrollo e incluso su «felicidad»:

Nuestra enorme economía productiva demanda que hagamos del consumo

nuestra forma de vida, que convirtamos la compra y el uso de bienes en rituales, que busquemos nuestra satisfacción espiritual, la satisfacción de nuestro ego, en dicho consumo. Necesitamos que las cosas sean consumidas, quemadas, reemplazadas, desechadas al ritmo más rápido posible.¹

Y, sin embargo, otro conocido economista ruso nacionalizado estadounidense, Simon Kuznets, nos dice casi todo lo contrario. En efecto, la llamada *curva de Kuznets* nos advierte de que, si bien al principio es necesaria una cierta degradación ambiental para fomentar el crecimiento económico, luego, si no somos capaces de controlarla e incluso de reducirla, este crecimiento no tendrá lugar.

Es de cajón: un planeta finito no puede mantener un crecimiento económico (al menos cuantitativo) infinito. El tema del crecimiento cualitativo lo abordaremos más adelante.

FIGURA 1. La curva medioambiental de Kuznets explora la relación existente entre crecimiento económico y calidad ambiental. A corto plazo el crecimiento económico genera un mayor deterioro medioambiental, pero a largo plazo, una vez superado cierto umbral de riqueza, el crecimiento económico puede resultar beneficioso para el medio ambiente siempre que se controle su degradación.

En el conocido diario barcelonés *La Vanguardia* apareció un chiste en el que se veía un dinosaurio y su pensamiento en forma de bucle y decía: «Nosotros también seguimos una política de constante crecimiento con las consecuencias que todos conocéis». Naturalmente, se extinguieron.

Todo está relacionado: los incendios de Rusia en 2010 incrementaron la intensidad de las lluvias en Pakistán durante el monzón siguiente, lo que causó miles de muertos y millones de desplazados...

Además, ni el más puro ecosistema imaginable está exento de acción humana, en forma de polución; por ejemplo, en el caso mencionado, por vía aérea. Por otro lado, la concentración humana más deplorable desde un punto de vista medioambiental tampoco carecerá de formas de vida y de un biotopo que las sustente.

Así pues, no se puede hablar de sistemas ecológicos por un lado

y de sistemas socioeconómicos por el otro. Son una misma unidad.

VIAJE A LA ANTÁRTIDA

En 2008 tuve el placer de visitar Bangkok y su universidad budista, en lo que solo fue una escala en mi camino a Australia, donde mi buena amiga Shelley Sykes me esperaba para hacerme una entrevista en la televisión acerca de mi primer libro, *Por la vida en la Tierra*. Dada la lejanía y el coste del viaje, aproveché la ocasión para visitar aquel hermoso país y, lo que es más maravilloso aún, para conocer a sus gentes. El australiano es abierto, amable y educado, y sabe aprovechar muy bien la calidad de vida que le aporta su entorno.

Al terminar mi visita a la isla más grande del mundo o, según se mire, el continente más pequeño, todavía no había terminado mi periplo mundial. Este debía pasar aún por Durban, en Sudáfrica, donde tenía pendiente una conferencia sobre el futuro de la vida, en el marco de una convención en el sur de África. Esta convención, por cierto, resultó sorprendentemente maravillosa por la buena organización y la calidez humana de los organizadores y de los participantes.

Pero antes de abandonar Australia, ocurrió que nuestro vuelo de la aerolínea australiana Qantas, Sídney-Johannesburgo (ciudad esta última desde la que iba a proseguir mi viaje hacia Durban), se estaba retrasando excesivamente con todos los pasajeros ya a bordo debido al mal tiempo reinante a lo largo de la primera ruta asignada al vuelo. Nos sirvieron bebidas y aperitivos para evitar que creciese la inquietud entre los pasajeros. ¡Nos esperaban catorce horas y media de vuelo!

Tras una hora y media de espera en el interior del avión, el comandante anunció que íbamos a tomar la ruta polar, es decir, en este caso, la que pasaba por la Antártida. Las azafatas recogieron a toda prisa nuestro psicolabis con el avión ya en movimiento.

Yo me sentía más nervioso que un niño pequeño la noche antes de Navidad. Siempre había pensado ver la Antártida, pero tenía

descartado *ir*, debido al impacto ambiental negativo que puede causar nuestra presencia innecesaria. Un continente consagrado a la ciencia no debe sufrir la degradación caprichosa de un creciente turismo.

Dejamos Australia y sobrevolamos la isla de Tasmania con rumbo al sur... Me levanté de mi asiento —lo recordaré toda la vida, era el 46A, en la salida de emergencia— y me encontré con uno de los pilotos. Le pregunté por la confirmación de la ruta que el comandante nos había explicado, y sí, me confirmó que íbamos vía la Antártida. Me dijo que aún faltaba, pero que si le indicaba mi asiento, me avisaría cuando estuviésemos sobre el continente blanco. Y así lo hizo, a pesar de que, al llegar a la costa, el cielo estaba nublado y no se veía nada. Pero un poco más tarde —sobrevolamos la Antártida durante unas dos horas— apareció el sexto continente bajo un claro cielo azul.

Las ventanillas del avión estaban cerradas, ya que los pasajeros descansaban. Mis compañeros de fila, un caballero indio y otro sudafricano, empezaron a interesarse por la tímida apertura de mi ventana para no molestar, y la consiguiente observación del espectáculo blanco que se veía abajo. Comenzamos a hablar del cambio climático, de la difusión de los contaminantes por todo el planeta, de la fusión de los hielos polares y sus consecuencias... Y poco a poco, las ventanas de muchos otros pasajeros se fueron abriendo. La gente contemplaba, probablemente por una sola vez en la vida, el manto del Polo Sur. Algunos se acercaban a nuestra ventana en la salida de emergencia, más cómoda para la observación, y se añadían a la explicación.²

Pero lo importante de mi relato es poner de manifiesto que, a pesar de su relativo aislamiento de los demás continentes, la Antártida se ve fuertemente afectada por la dispersión de numerosos agentes polucionantes provenientes de otras partes del mundo. Un claro ejemplo de que *todo está relacionado*.

Creo que con el ejemplo de Lebow y el contraejemplo de Kuznets, así como con mi particular anécdota de la Antártida, la idea pue-

de quedar suficientemente clara, aunque podríamos comentar un sinfín de referencias más que nos ilustrarían acerca de la interrelación entre todas las cosas existentes, materiales o mentales.

LA CLAVE DEL CAMBIO ESTÁ EN LA CULTURA

No debemos olvidar que todo aquello que observamos como patología ambiental (y, en general, todas las patologías sociales) en nuestro planeta no es más que la cara visible de algo mucho más profundo: la *cultura*.

Sin tener que renunciar a gran parte de sus logros durante los siglos pasados —no todo ha sido ni es malo en ella—, la cultura sí debe corregir algunos aspectos sustanciales que han contribuido a producir los grandes desórdenes históricos en nuestras relaciones con la naturaleza y, como todo está relacionado, con otros grupos humanos e incluso con nosotros mismos.

Una de esas ampliaciones de miras deriva de la necesaria recuperación de una visión holística, sistémica, de la realidad. Este *paradigma* nuevo, *holístico*, además de analizar con detalle las distintas dimensiones de la existencia humana —cosa que ya ha venido haciendo—, debe proporcionar una nueva visión integrada de las partes y, sobre todo, de sus relaciones. Hemos de superar la pobre, estrábica y triste visión de la realidad que nos da el paradigma actual.

A lo largo de su historia, la humanidad ha pasado de una visión global, holística e integrada —el mito— a una visión restringida por la razón —la filosofía—, y más tarde, a una visión totalmente focalizada en la razón «observable».

La primera consecuencia de ello fue la cosificación, la objetivación de la naturaleza y del hombre. Algo convertido en «cosa» es fácilmente explotable, destructible, manipulable... En términos políticos, los fascismos y el comunismo son un claro ejemplo de ello. Y no hablemos ya de la naturaleza... Los hechos hablan por sí mismos.

En definitiva, se produjo el triunfo de la razón instrumental, surgida de la ciencia y de su hija, la técnica, en comunión con la econo-